

y el racimo gigante de la tierra soñada
 y en la nieve sabrosa del maná y en el labio
 del profeta despierto y en el dedo violento
 del caudillo en camino y en el blando presente
 del vellón para el fuego y la nube y tu rayo.
 Pan sustancial y eterno en el grano menudo
 de tu carne, Dios-hombre, hombre-Dios, Evangelio
 de tu propia y granada voluntad de vianda
 para el hambre del hombre. Alimento en la oscura
 claridad de tu boca, sembrador abundante
 de la humilde semilla donde el Reino se anuncia.
 Alimento en la mano donde el pan se repite
 del trigal de tus mares, donde el vino se vierte
 de la rica opulencia de tus viñas ocultas.
 Alimento en el pan y en el vino sencillos
 de la Noche del Día, cuando ya está la muerte
 de la muela y la pisa consumando tu obra,
 descarnando tu entera donación de Dios vivo
 para eterno alimento sustancial de los hombres.
 El hombre ya era hambre desde que tuvo nombre
 porque TU ya eras PAN antes de todo tiempo.

SANTOS SANCHEZ-MARIN

DE TODO UN POCO

Consideraciones sobre el tiempo

DEDICADO AL ILMO. SR. D. JUAN CARMONA

II y último

Cs arduo incluso, según los matemáticos, definir el espacio de tres dimensiones, pues aun no hemos logrado desembarazarnos de la fórmula kantiana, según la cual el espacio es una intuición subjetiva.

En el campo filosófico se han hecho esfuerzos por desvelar la incógnita: pero entre los aprioristas sosteniendo que la idea del espacio nos es innata y los empiristas, que estiman que esta idea no se adquiere sino por la experiencia, no se ha enseñado gran cosa; no llenándonos satisfactoriamente, ni la afirmación de *Leibniz* de que el Espacio es un orden de coexistencia en el Tiempo y el Tiempo un orden de sucesión, ni tampoco las afirmaciones de que merced al espacio ilegamos a representarnos el tiempo, o que el espacio es el medio necesario para toda representación.

Aprioristas, kantianos y neokantianos, empiristas puros y los idealistas no desvelan la incógnita y tanto Spencer, Sully, como Stuart Mill, Bergson y otros muchos, todo lo que hacen es pretender avanzar por entre las tinieblas, queriendo suplantar el «ignoramus» por el «scimus».

La sagrada curiosidad que los lleva al constante inquirir, los hace discurrir constantemente.

Habida cuenta de esa diferenciación en que la técnica del lenguaje actual agrupa los problemas en filosóficos y científicos, opinan sobre esta cuestión, ¿serán más concretas y reales sus deducciones que las de los filósofos?

La metafísica busca el más allá del yo y sobre todo el más allá de la muerte. La metageometría busca el más allá de nuestro espacio, la naturaleza del espacio o los espacios no subjetivos ni convencionales que nos envuelven y ella puede tal vez conducirnos a la manifestación física de la Cuarta Dimensión. A este efecto dice el filósofo Bergson en su libro «Duración y Simultaneidad»: «toda es-

pecialización del tiempo sugiere una cuarta dimensión». ¿Qué es pues la Cuarta Dimensión? Las altas matemáticas y la hipergeometría han dado ya resultados tangibles e irrecusables principalmente en la astronomía y también nos han afirmado definitivamente que ciertos problemas, sobre todo el dominio de lo infinitamente pequeño, que no ofrecían ninguna solución aceptable en la tercera dimensión, pueden y deben perseguirse más allá de la zona habitable de nuestro espíritu. En el caso célebre de Einstein sobre la variación peculiar del perihelio del planeta Mercurio, estos cálculos son confirmados por hechos comprobables. Hinton, fanático de la cuarta dimensión en sus obras «A New Era of Thought» «The Fourth Dimension» y «Scientific Romances» pretende no sólo demostrar la existencia de la cuarta dimensión, sino desarrollar por medio del ejercicio mental, a que sus escritos nos inducen, un sentido especial que nos haga comprender el problema.

Hinton, tras varios años de experiencias, cree poder afirmar, como un hecho comprobable, que consagrándonos al problema nos es posible percibir la existencia de cuatro dimensiones y que el ser humano no es simplemente un ser de tres dimensiones. Como punto de partida para fijar las ideas, establece Hinton, que las tres dimensiones no son medidas del espacio que siendo infinito no es mensurable. Las tres dimensiones son pues la medida de la materia en el espacio. Estas medidas sólo tienen en cuenta un atributo o carácter de la materia: su extensión en el espacio, desde este punto de vista es imposible encontrarle otra cosa que longitud, anchura y espesor.

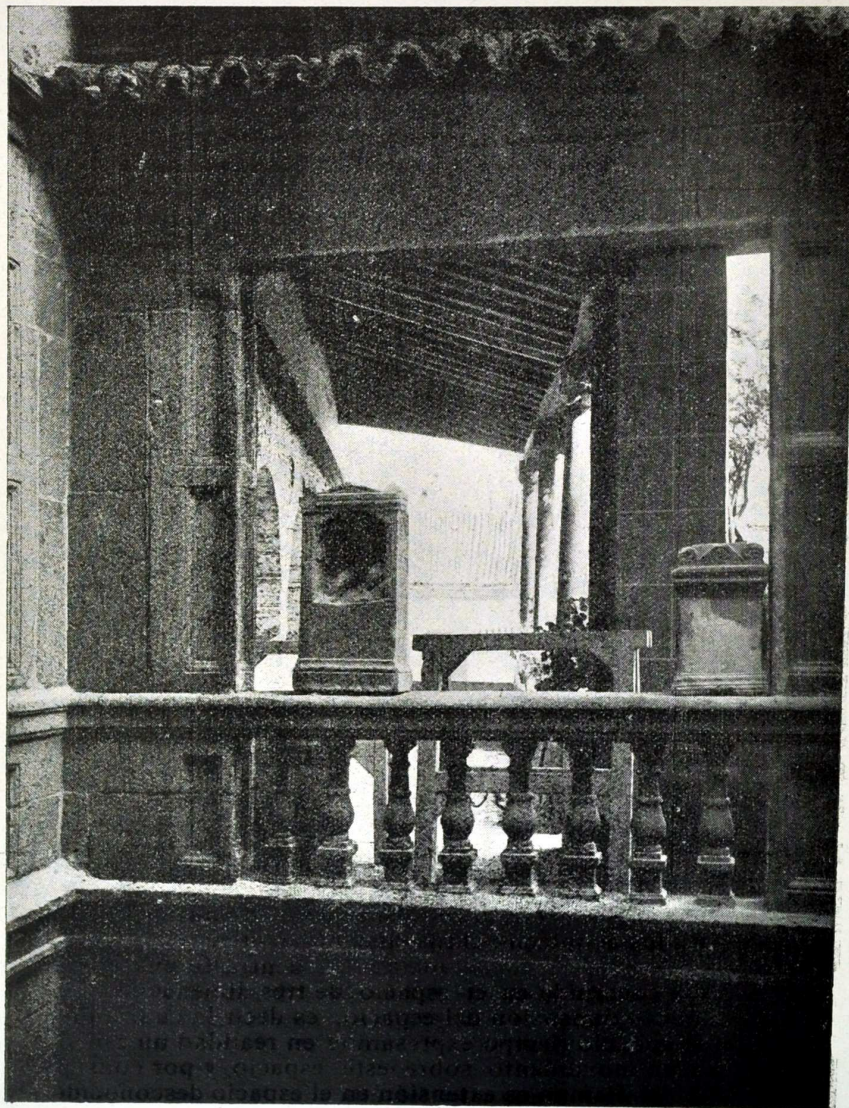
Ouspensky por su parte dice, que lo mismo que la línea es limitada por puntos, la superficie por líneas y el sólido por superficies, es posible que el cuerpo de cuatro dimensiones sea limitado por cuerpos de tres dimensiones y parece posible, sigue diciendo, que el cuerpo de cuatro dimensiones sea la distancia entre un grupo de sólidos, a los cuales separa a la vez que reúne en un todo inconcebible, aun cuando parezcan separados unos de otros.

La cuestión resulta mucho más clara cuando se traslada todo el problema a otro mundo, es decir, al Tiempo.

A primera vista este otro mundo, parece no guardar nada más que relaciones absolutamente ficticias con el plano o mundo materiales. Por Tiempo—nos dice Ouspensky—entendemos la distancia que separa los acontecimientos en el orden de sucesión reuniéndolos en todos diferentes. Esta distancia se encuentra en una dirección que no se halla contenida en el espacio de tres dimensiones, y por eso, se da la nueva dimensión del espacio, es decir la cuarta dimensión.

Con el vocablo tiempo expresamos en realidad un espacio determinado y un movimiento sobre este espacio y por consiguiente la extensión del Tiempo es extensión en el espacio desconocido. A esto se debe que el tiempo sea la cuarta dimensión del espacio.

Hacia el año 1905—Einstein dió a conocer su teoría de la «Relatividad restringida» y más tarde—1912—la teoría generalizada. En ella dió salida a nuevas y atrevidas concepciones sobre el espacio, el tiempo, la masa, la energía y la gravitación, fundando una nueva



ALBUM EXTREMEÑO.—Plasencia: Palacio de Almaraz y Zúñiga (Foto Mas)

ciencia: la Mecánica Relativista. Para Alberto Einstein el espacio y el tiempo no son absolutos ni independientes. Su unión, Espacio-Tiempo o Universo es la única individualidad existente. No se rige por las leyes de la geometría euclídea, por presentar una curvatura que se manifiesta en el fenómeno de la gravitación. El Universo es el contenido de la energía, de la cual la materia es sólo uno de sus aspectos, pues ambas nociones se confunden. Con respecto a la naturaleza del espacio, Einstein lo considera infinito e ilimitado, como una superficie esférica. Las geodésicas del espacio que parten de un punto se cortan en el antípoda para volver al punto de partida, lo mismo que sucede con los círculos máximos en una esfera. Los rayos luminosos que partieran de un punto podrían regresar a éste después de dar la vuelta al Universo. Según Einstein la materia, o más exactamente, los electrones que componen la materia, determinan la existencia del espacio y su curvatura de conjunto, de tal modo que la creación de la nueva materia, implicaría necesariamente el aumento de espacio y la desaparición de la materia existente conduciría a la desaparición del espacio. Para Einstein el tiempo no tiene límite.

Puede resumirse la teoría de Einstein, hace notar Emilio Borel, diciendo «que el conocimiento completo y total de las relaciones de Espacio y de Tiempo bastan para la descripción del mundo y que en particular la localización de la materia y de la electricidad se deducen por fórmulas simples de estas relaciones de espacio y de tiempo».

Dice Silberstein: «No existe ninguna diferencia entre el Tiempo y el Espacio, sino que nuestra conciencia se mueve a lo largo del Tiempo». Ambos son caras del mismo enigma y viven y prosperan el uno a costa del otro. El espacio es el presente visible; el Tiempo es el espacio que se quebranta y se convierte en porvenir o pasado. El espacio es tiempo que dura, el tiempo es espacio que huye.

Los consecuentes con las teorías de Einstein por donde quieran los encuentran propiedades comunes, por ejemplo: en la fuerza centrífuga, pues la rotación de la tierra se traduce matemáticamente por fórmulas en las que intervienen el espacio y el tiempo.

Cogidos entre el espacio y el tiempo nos vemos llevados a una especie de atolladero cósmico y cuando los matemáticos nos arrastran fuera del espacio y cuando llegan al punto crítico en que éste no responde a sus investigaciones, hacen intervenir una cuarta variable, T, es decir, el Tiempo que restablece el equilibrio en sus cálculos y los permite llevarlos más lejos, pero ignora dónde se encuentra el centro de ese tiempo. Para unos la única parte sólida es el futuro, para otros, es el pasado, para otros es el presente. Así presente es llamado a la transición del pasado al futuro. Pero esta transición no tiene ni extensión ni duración, se nos escapa por completo, antes de que pensemos en el presente es todavía futuro, en cuanto fijamos en él nuestra atención es pasado ya.

Si no podemos asir el presente más insignificante de la tierra ¿cómo podríamos esperar comprender el eterno presente, constante, inmóvil, al cual se opone el otro enigma no menos fundamental

del movimiento perpetuo y del eterno discurrir? Estos misterios son los que intenta penetrar la Cuarta Dimensión.

¿Hasta qué punto, pues, es de importancia la Cuarta Dimensión para nuestra vida práctica? Piénsese como se quiera, todo lo que se agita en los confines de nuestro ser es más apasionante y fecundo que lo que se encuentra en sus bajos fondos o en sus puntos medios. En todo caso, puede decirse, en lo que concierne a la hipergeometría, que no existe otra ciencia que permita tantear y palpar tan claramente puntos tan importantes del gran misterio de nuestro mundo. No obstante, las respuestas no han sido aún muy claras y es posible que tardemos en recibirlas. El día que esto acontezca, se encontrará resuelta una parte sumamente interesante del Universo y empezaremos a respirar bajo otros cielos de claridad científica.

IV.—DIOS SEÑOR DEL TIEMPO

Ya han hablado los que deducen y analizan, los científicos, hemos soslayado a los que piensan buscando el porqué del Cosmos, los filósofos; ahora toca hablar a los que por una inducción cordial van hacia el encuentro del que es medida de todas las cosas, al encuentro del Ser que es de toda medición, al encuentro de Dios. En éstos también la «Ratio» es la acompañante de su primer vuelo ascensional. Primero, tocan con pies y manos la materia, después, en una espiritual levitación se van remontando hacia lo no conmensurado, sobrepasando las montañas, trascendiendo los espacios laterales y dirigiendo su vuelo siempre hacia arriba, al encuentro de Dios, del Dios que ambula sobre los días y las noches, que preside y domina todo acontecimiento material.

Sublime es la aspiración de encontrar a Dios y de sentirle junto a sí, que hace exclamar a San Agustín: ¿Quién detendrá el corazón del hombre para que se pare y vea cómo la estable eternidad dicta el pasado y el futuro y cómo la eternidad no es pasado ni futuro?

Son muchas las dificultades que el hombre suele oponerse con su propio razonar y que ha de vencer, para obtener una simplista conformación con lo que el Santo propone, dificultades centradas en la observación de las cosas—físicas o ideales—que contenemos en las que estamos contenidos y cuya observación suele opositar de primera intención para que nuestros corazones paren en directa visión a contemplar de una sola y única mirada la Eternidad de Dios.

¿Qué es el tiempo? ¿Quién podrá explicárselo fácil y brevemente? ¿Quién podrá formarse de él una idea y traducirla luego en definición?

Tales son las preguntas que se formula a sí mismo el inquieto intelectual Agustín de Hipona, antes de darse una respuesta cabal sobre la Eternidad de Dios.

¿Qué es el tiempo? Tal es la preocupación de muchos de los que a Dios sienten y que taladrando en la «ratio» del colosal razonador Santo Tomás de Aquino, le hizo investigar para poder decir definitivamente: «Tempus est numerus motus secundum prius et posterius». Definición o respuesta sintética del problema planteado a la

que el moderno filósofo escolástico, el Cardenal Mercier, pone el siguiente comentario aclaratorio: «El Tiempo y el Movimiento están en íntima relación, pues aunque el movimiento no consista en una colección de partes actualmente distintas unas de otras, es el fundamento de la cantidad discreta o el número, siendo el número «motus» de Santo Tomás las partes de la división hecha por la inteligencia, en el movimiento, ya que entre estas dos nociones, Tiempo y Movimiento, no cabe más que una distinción lógica.

Pasado, Presente y Futuro, tienen una realidad muy imperfecta identificándose la realidad objetiva del concepto temporal con el movimiento, dándose tantos tiempos particulares como movimientos distintos, teniendo estos cambios (Pasado, Presente y Futuro) un tiempo denominado Tiempo intrínseco (Mercier, *Cosmología*).

Vemos, pues, a los escrutadores de Dios que comienzan a hacerle por medio del razonar y que para ello toman como fundamento, relaciones con conceptos claramente comprensibles; el tiempo íntimamente relacionado con el Movimiento. ¿Parará ahí todo el razonar? San Agustín (en una línea de continuidad retrospectiva, situada en un extremo cronológico muy distante de Mercier) introducido plenamente en el tema, se sitúa ante él, previamente, diciendo: «Investigo ¡Oh Padre! no afirmo, presidid mis razonamientos y guíad mis averiguaciones» para con toda la inquietud que el tema produce, llegar a una conclusión depurada de antemano por un proceso intelectual, en la que expone: «Lo que ahora se me aparece claro y evidente, es que el Futuro ni el Pasado son. Impropiamente pues, decimos, los tiempos son tres: Pretérito, Presente y Futuro. Con mayor propiedad se diría acaso: Presente del Pasado, Presente del Presente, Presente del Futuro. Estas tres modalidades están en el alma, en otra parte no las veo: Memoria presente de lo pasado, intuición presente de lo presente, expectación presente de lo futuro. Si se me permite estas tres expresiones entonces yo veo tres tiempos y reconozco su existencia».

¿Es ésta conclusión suficiente, para dar terminación al tema? Ni a San Agustín le satisfizo totalmente, ni es muy permisible—filosóficamente hablando—que en una sola conclusión esté resumido tema de extensión tan dilatada. Así Agustín de Hipona, acuciado por la insatisfacción, continúa diciéndose—y diciéndonos, puesto que para ello escribió—«Veo que el tiempo es una suerte de extensión. ¿Pero lo veo en realidad o me parece que lo veo? ¿Qué es pues? si nadie me lo pide, lo sé, pero si quiero explicarlo a quien me lo pide, no lo sé».

Todas estas soluciones, que por medio del razonamiento han llevado a San Agustín, a Santo Tomás o a Mercier a afirmar que el tiempo es una suerte de extensión, o que se identifica con el movimiento, con el que está íntimamente relacionado ¿bastarán a una mente inquieta para obtener toda conformidad? ¿Y de este tiempo indeterminado y tan diversamente definido cabrá deducir a través de su indefinición y ante el problematismo que él encierra, que él sea inmenso e infinito? Nuevamente haremos entrar en la liza a Mercier,

para aquietarnos, el cual, enfrentándose con la interrogante, dice: «Sólo es inmenso lo que no tiene circunscripción, lo que no puede ser contado ni medido, y en este sentido sólo es perfecto lo que es infinito» (Mercier, *Teodicea*).

¿Qué o quién es—se urge preguntar—el qué, o lo qué, tiene los caracteres de la infinitud?: Evidentemente sólo existe un ser que tenga los caracteres de la perfección antes expuestos por Mercier y este ser es aquél al que se dirige San Agustín, diciendo: «Vos, precedéis a todos los tiempos pasados, sobre los cuales se empina la eternidad siempre presente y descolláis sobre todos los futuros, porque futuros son y cuando vinieren serán ya pasados, mas Vos sois ya el mismo y siempre y vuestros años no fallecerán. Vuestros años ni van ni vienen. Vuestros años son un solo día y este día no es cada día, sino un hoy perenne. Vuestro hoy es la Eternidad: Vos hicisteis todos los tiempos y nunca pudo haber tiempo antes de que existiera el tiempo» Este ser es Dios.

Es puro razonar si hemos de admitir—no sólo en nuestro corazón, sino en nuestra cabeza—la existencia de Dios hay que concebirla (tal como es) con una existencia no material, e insusceptible de medición y de formalización en años y días. Formalización que atinente al tiempo, nos hace poder fragmentarle y dividir a este idealmente, conteniéndole en ella. Para concebir un ser infinito hay que concebirle sin medición ni fragmentación, aunque ésta sea ideal y concebirle por tanto, como algo que no se puede medir, ni contar, ni hacia adelante, ni hacia atrás, tal como podemos hacer con el tiempo, al cual, para aprehenderle, creamos una cronología y empezamos a imaginar un día, tras del que vienen todos los demás. Por tanto, de concebir a Dios, hay que concebirle preexistente a todo cuanto existe, ya sea la materia, en la que el hombre vive, o la idea que del hombre nace. La «ratio» espoleada por la incerteza, es sin embargo el último medio que lleva a la posibilidad de obtener la certeza misma, cuando meditada y paulatinamente se va caminando hacia la resolución de las incógnitas, por un camino de absoluta sinceridad consigo mismo, sinceridad que le hace decir a Agustín de Hipona: «Tomaré consistencia y me solidificaré en Vos, en el crisol de vuestra verdad y no toleraré preguntas de gentes que con su sed hidrópica quieren beber más que pueden retener, y dicen: ¿Qué hacía Dios antes de que hiciera el Cielo y la Tierra, o cómo le vino a la mente hacer algo cuando antes no había nada? ¡Dadles Señor reflexión y que se percaten que donde *no hay tiempo* carece de sentido la voz *nunca*. De quien se dice que no hizo nada *nunca*: ¿No se viene a decir que no ha hecho *nada en ningún tiempo*? Vean ya que no puede haber tiempo antes de la Creación y cesen de decir desatinos».

Parécenos, que este Santo tan intelectual y tan cordial, depositando su pensamiento en su fácil prosa, en la que la elegante retórica se convierte frecuentemente en arrebatador canto lírico, es suficiente para finalizar el tema propuesto mostrándonos al «Dios Creador de todas las cosas y Señor de todas ellas». Por tanto, en el

sapiente y amoroso soporte de este Padre y Doctor, haremos descansar toda la exposición final, apoyándonos para ello en sus palabras con las que nos dice: «Yo hubiera querido, si yo fuera Moisés y me hubierais impuesto, Dios mío, la tarea de escribir el Génesis, recibir de Vos una tal copia de elocución y una tal eficacia de estilo que ni aun aquellos que no pueden comprender la manera como era Dios, no recusasen mi dictado como fuera de su alcance.... pero como tal no poseo, sólo con mi pobreza y amparado en Vuestra Misericordia diré y entenderé cómo en el principio hicisteis el Cielo y la Tierra y puesto que concedisteis a Vuestro Siervo Moisés que dijere esto, concededme a mí también que lo entienda.... y si se dice (por alguien) que Dios hizo primero la materia informe y luego le dió forma (digamos) que no dice ningún absurdo, a condición de que sepa discernir qué precede en la Eternidad, qué en el tiempo, qué en la elección, qué en el origen; verbigracia: En la Eternidad Dios precede a todas las cosas, en el tiempo la flor al fruto, en la elección el fruto a la flor, en el origen el sonido al canto».

Llevado el Santo por su fe y acompañándose de la razón, va paulatinamente hacia el desentrañamiento de la verdad afirmando con seguridad de ese Ser tan impenetrable que es Dios: «Vos Señor no veis en el tiempo, ni os movéis en el tiempo, ni en el tiempo descansáis y no obstante sois Vos quien hacéis vuestras visiones en el tiempo y el mismo tiempo y el descanso al fin del tiempo. Vos, Dios uno, Dios bueno, nunca cesáis de hacer el bien, estáis perpetuamente quieto porque sois Vuestra propia quietud. Algunas de vuestras obras pueden ser buenas por dádiva vuestra, pero no son eternas».

Hemos visto que San Agustín ha puesto en aplicación su lema «ad fidem per intellectum» y que por tanto, intelectivamente ha ido desbrozando el camino de todas las dificultades que racionalmente se oponen para llegar a la comprensión del alto tema del señorío absoluto de Dios, sobre todas las cosas. La máquina del razonar, el cerebro, no ha podido en él construir más ideas, pues todas son insuficientes para llegar a la comprensión del alto tema del señorío absoluto de Dios sobre todas las cosas, y ahora es cuando tiene la fe que el suplementar «lo que el sentido no alcanza» porque, con la sola razón, como dice San Agustín. «¿Entender todo esto qué hombre lo concederá a otro hombre? ¿Qué ángel a otro ángel? ¿Qué ángel al hombre?» Es por tanto con la fe con lo que todo hombre ha de hacerse transparente y visible, con esa fe que ha de encaminarse sin detención en las cosas e ir directamente hacia Aquél al que se busca «llamando a su puerta, pidiéndole y buscándole» como dice San Agustín, para quitar aire de tragedia a toda inquietud, inquietud que por otra parte pervive hasta que no adviene la conformidad con el destino que se nos ofrece más allá de nuestro deambular humano y en cuyo destino todo será meridianidad, tal y como lo expone el gran trágico Unamuno, buscador desasosegado del tesoro oculto de su calma, cuando vierte sus añoranzas de paz futura en un saudoso poema, en unas de cuyas estrofas nos dice:

«Gracias te doy Señor voy a morir al cabo

Gracias te doy, Señor
no más del Tiempo que nos mata esclavo,
libre por el amor.
Ahora es cuando el Cielo es todo rosa
canta la eternidad
ahora es cuando siento toda cosa
bañada en realidad».

FRANCISCO MARCOS LOPEZ.



SUSCRIBASE USTED

a la «Biblioteca Extremeña», publicada por el Departamento Provincial de Seminarios de F. E. T. y de las J. O. N. S., en la Alta Extremadura, de la que han aparecido los siguientes volúmenes:

- 1.º—*Bibliografía de Extremadura* (Cuaderno I), por Domingo Sánchez Loro. Precio: 12 pesetas.
- 2.º—*Libro de la vida y milagros de los Padres Emeritenses*, por Paulo Diácono. Precio: 16 pesetas.
- 3.º—*Amenidades, florestas y recreos de la Provincia de la Vera Alta y Baja, en la Extremadura*, por Gabriel Azedo de la Berrueza y Porras. Precio: 12 pesetas.
- 4.º—*Posibilidades industriales de la Alta Extremadura*. (Ciclo de conferencias organizado por el Seminario de Estudios Económicos de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Cáceres). Precio: 30 pesetas.
- 5.º—*Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, por Fray Alonso Fernández. Precio: 80 pesetas.
- 6.º—*Historia de Cáceres y su Patrona*, por Simón Benito Boxoyo.

PAGINAS ANTOLÓGICAS (1)

Anoche, cuando dormía...

Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.

Dí, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí?

Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas
blanda cera y dulce miel.

Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.

Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.

Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

ANTONIO MACHADO

(1) Pretendemos con la reproducción de estas poesías de indudable valor antológico y que entran, por consiguiente, en la esfera de lo clásico, darlas a conocer a las personas que no hubieran disfrutado aún con su lectura y proporcionar a los que ya las conociesen, el gozo de volverlas a leer.